

065. Mi nombre: cristiano

El tema de hoy —”Mi nombre: cristiano”— me lo ha sugerido una anécdota graciosa, de clásico humorismo militar. Acabadas las maniobras, el capitán nota que le falta un botón en la guerrera, y se dirige a la compañía:

- *A ver, ¿hay entre vosotros algún sastre?*

Un soldado se adelanta y se cuadra en posición de firme:

- *Yo, señor capitán.*

- *Cóseme, pues, este botón. ¡Pronto!*

El soldado titubea, y responde con miedo:

- *Mi capitán, yo..., yo no soy sastre. Me llamo Sastre. Mario Sastre.*

Y del cuento, la realidad poco agradable que nos salta a la vista. Existen en la Iglesia muchos bautizados que se llaman cristianos, aunque no lo son. Su vida y su actuar no corresponden a su nombre.

Sería curioso encontrarse con muchos agricultores que nunca trabajaran la tierra..., con abogados que nunca defendiesen una causa..., con médicos que ni por asomo curaran a un paciente..., con maestras, enfermeras o secretarias que, ni por equivocación, se metieran en una escuela, en un hospital o en una oficina...

¿De qué les serviría a todos éstos el oficio o la profesión que lucen? ¿Y qué provecho sacaría la sociedad con unos títulos que sólo sirven para estar colgados en la pared?...

A los cristianos así —titulares, de solo nombre— se dirige el poeta dramaturgo con esta estrofa: *¡Oh tristes ciegos mundanos, — ved cuánta es vuestra maldad! — Tenéis nombre de cristianos, — y las obras de paganos, — y peores en verdad* (Hurtado de Toledo). Lo cual no es más que la versión de unas palabras del Apocalipsis: *“Tienes el nombre de vivo, y estás muerto”* (Apocalipsis 3,1)

Pero eso tan negativo nos interesa poco, aunque lo sintamos. Nosotros queremos mirar la realidad grande que esconde nuestro nombre de cristianos.

El Catecismo de la Iglesia Católica (2158-2159), hablando del nombre recibido en el Bautismo, nos dice: *“Dios llama a cada uno por su nombre. El nombre de todo hombre es sagrado. El nombre es la imagen de la persona. Exige respeto en señal de la dignidad del que lo lleva”*.

Tiende después el Catecismo la mirada al más allá definitivo, y sigue: *“El nombre recibido es un nombre de eternidad. En el reino de Dios, el carácter misterioso y único de cada persona marcada con el nombre de Dios brillará a plena luz”*. Y lo confirma con estas palabras preciosas del Apocalipsis: *“Al vencedor... le daré una piedrecita blanca, y grabado en la piedrecita, un nombre nuevo que nadie conoce, sino el que lo recibe”*.

En realidad, ¿qué quiere decir *cristiano*? La sabemos todos muy bien. Cristiano es el nombre que luce el que *sigue* a Cristo. Más todavía: es el nombre del que *es* Cristo. *Ser* Cristo es mucho más que *seguir* a Cristo.

No es ningún atrevimiento eso de decir que *somos* Cristo. Porque Cristo nos ha unido por el Bautismo de tal manera a Sí mismo, que de Él y nosotros no ha hecho más que un solo Cristo, lo que llamamos en la Iglesia el *Cristo entero*, el *Cristo total*.

Jesús, Cabeza, y nosotros, miembros, formamos el *Cuerpo Místico* de Cristo, como repetimos tantas veces siguiendo la doctrina que nos expuso, de manera genial, aparte de inspirada por Dios, el apóstol San Pablo.

Cuando llevamos a Jesús en el corazón por la fe y el amor, cuando vivimos su vida por la Gracia, cuando nos llenamos de Él por los Sacramentos, entonces somos Cristo.

Después viene la consecuencia más natural. Cuando *somos* Cristo, necesariamente *actuamos* como Cristo. Lo que decimos con un verbo ya clásico, usado por el mismo Jesús: *seguimos* a Cristo.

El cristiano no disocia, no separa, no distingue entre ser cristiano y actuar como cristiano. Si es cristiano, actúa siempre como cristiano.

Recuerdo a este propósito lo que leí una vez y me impresionó de veras.

En un tiempo ya muy lejano, hubo en Roma un cardenal —el Cardenal Lorena— que era famoso por su caridad. Era el padre de todos los pobres.

Caminaba un día por la calle, y se encuentra a un pobre mendigo que era ciego, el cual tiende las manos a todos los transeúntes.

El Cardenal, sin decir una palabra, deposita en aquellas manos unos papeles de banco. Limosna semejante no era nada normal, como podemos suponer.

El mendigo ciego se estremece de emoción. Clava sus pupilas vacías en el donante, y le dice: *¡Tú eres Jesucristo!*... Pero, se corrige, y añade: *O bien..., el cardenal Lorena.* El Cardenal recibe con estas palabras el mayor elogio de su vida: su actuar como Jesucristo ha llevado a los demás a confundirlo con Jesucristo en persona...

Con cristianos así, tenemos en la Iglesia cristianos de verdad, y no cristianos sólo “honorarios”. Los entes o tipos honorarios sirven muy poco en la sociedad. Con presidentes honorarios, no tiran adelante las comisiones. Con jefes honorarios, no avanzan los ejércitos. Con alcaldes honorarios, no se gobiernan las ciudades. Con sólo doctores honorarios, no progresan las ciencias. Igual que con sastres de sólo nombre no se cosen los botones...

Cuando el hijo de la Iglesia se llama y es cristiano, se convierte en todo aquello que de él dijo Jesús: es trigo dorado entre la cizaña; es pescado sabroso, entre peces desaprovechables; es luz que alumbrá; es sal que sazona el mundo; es fermento que transforma la masa; es rama verde que da mucho fruto... Todo, por algo tan sencillo como es “*ser*” cristiano aquel que “*se llama*” cristiano.